



SOFÍA OLGUÍN

Génesis

Sofía Olguín

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Sinopsis](#)

[Cita](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[Epílogo](#)

© 2019 Sofia Olgún

www.sofi-olguin.blogspot.com

Correo electrónico: sofiaolguineditora@gmail.com

Instagram: [@ssofi_olguinn](https://www.instagram.com/ssofi_olguinn)

El diseño de portada es de Sofia Olgún y la foto utilizada es de Lucas Piero

Todos los derechos reservados

Víctor es huérfano y vive en el orfanato de Blue Lagoon desde que tiene memoria. Cuando los chicos grandes lo golpean, Vic se encierra en el cobertizo a comer insectos.

Una tarde de verano, un mago llamado Jonathan llega al orfanato para entretener a los niños y en cuanto lo ve, Vic se siente misteriosamente atraído por él. Ambos comienzan una ambigua relación de amistad y el chico descubre que Jonathan también tiene afición por los insectos.

Una tarde de verano, un mago llamado Jonathan llega al orfanato para entretener a los niños y en cuanto lo ve, Vic se siente misteriosamente atraído por él. Ambos comienzan una ambigua relación de amistad y el chico descubre que Jonathan también tiene afición por los insectos.

Jonathan ha llegado a Blue Lagoon en busca de alguien. Y cuando ve a Vic, sabe que lo ha encontrado.

Dios los bendijo, diciéndoles: “sean fecundos y multiplíquense;df llenen la tierra y sométanla”.

Génesis 2, 28

Vic estaba encerrado en el cobertizo. No era la primera vez que los chicos grandes se ensañaban con él. Vic no los comprendía. Él era tan huérfano como ellos y mucho más pequeño, ¿por qué siempre encontraban un motivo para molestarlo?

Todos decían que Vic estaba enfermo, pero él no se sentía así y jamás le habían dicho el nombre de esa misteriosa enfermedad. A veces le agarraba fiebre y se resfriaba en invierno, pero todos los niños se resfriaban en invierno y no pasaba mes sin que alguno tuviera algún dolor de estómago.

Víctor tenía catorce años y vivía en el orfanato desde que podía recordarlo. Era uno de los pocos niños que habían llegado al asilo siendo bebés y una vez había oído decir a la directora que un viejo lo había hallado en las puertas de la iglesia del pueblo, en una canasta de mimbre y chillando a todo pulmón. A Vic no le pareció extraño. Suponía que algo así le había sucedido. En las noches, cuando todos los niños dormían en sus camas marineras, se preguntaba si acaso la enfermedad que tenía la había heredado de su madre. O quizás de su padre.

Vic suspiró y se sentó sobre una caja de cartón. Tenía frío. Los chicos grandes lo habían sorprendido en las duchas y lo habían arrastrado de los pelos hasta el cobertizo, semidesnudo y mojado. Vic siempre se levantaba temprano para ducharse, porque los varones odiaban bañarse con él en el horario normal. Decían que olía mal, aunque Vic no percibía dicho olor.

“Es mentira”, se decía cada vez que las niñas se tapaban la nariz cuando él pasaba junto a ellas, “lo hacen para que te pongas a llorar”.

Y a veces, cuando Vic estaba muy, muy triste, sí se ponía a llorar.

Lloraba porque estaba solo, porque cargaba con una enfermedad que parecía estar nada más que en la mente de aquellos que lo odiaban sin motivo. Lloraba porque, si bien él sabía que estaba sano, los demás le hacían sentir enfermo...

Ese día acudiría un mago al orfanato.

—En realidad es un estudiante de química —le había dicho la directora a uno de las voluntarias—. Viene a entretener un rato a los niños.

Vic sabía algo de química. En el saloncito del orfanato había una estantería

llena de libros que la gente del pueblo les regalaba para no echarlos a la basura. Cuando se le acababan los libros que tenían dibujos para pintar, o los lápices de cera que usaba para pintarlos, Vic agarraba los “libros para grandes” y pasaba los dedos por las fotos y los dibujos.

A Vic le gustaban las arañas y los insectos. Cuando le daban permiso para salir solo a jugar por los campos, llevaba un frasco que llenaba de hormigas, escarabajos y gusanos. Pero sus favoritas eran las mariposas. No las mataba, porque le daba pena. Si lograba capturar alguna, la mantenía un rato en el frasco y luego la liberaba y la contemplaba volar hasta que desaparecía.

Vic chilló y lanzó una patada al aire. Si nadie lo echaba en falta durante el desayuno, se perdería al mago. El cobertizo todavía estaba a oscuras, aún era de noche. Él se levantaba a las cinco de la madrugada, se daba una ducha y luego volvía a la cama a dormir los minutos que restaban.

Vic no tenía reloj, de manera que no podía saber la hora. En Navidad le habían regalado uno, un viejo reloj de plástico, usado, que algún niño del pueblo había dejado olvidado. Cuando se lo vieron, los chicos grandes rodearon a Vic, le pegaron un puñetazo en el estómago y se lo quitaron.

Soltó un sollozo. Tenía hambre, frío y no vería al mago, que era lo que se habían propuesto los chicos grandes al encerrarlo. El cobertizo olía a tierra, a polvo, a encierro. Era de madera y tenía el techo de adobe. Allí, los voluntarios del orfanato guardaban las camas rotas, las bolsas con la ropa que repartirían al mes siguiente y las cajas de comida enlatada que llegaba desde la ciudad.

Vic sintió un escalofrío. Una araña pequeña subía por su brazo desnudo, haciéndole cosquillas. Sin detenerse a pensarlo, la aplastó con la mano izquierda y se la metió en la boca.

Tal vez esa era la enfermedad, pensó mientras masticaba la araña. Que le gustaba comer insectos. La araña sabía un poco a tierra y a cera de oreja. Vic la masticó y fue succionándola, mezclando la pasta amarga con su propia saliva. Luego, la tragó.

Curiosamente, ya se sentía mejor. Se acurrucó en una de las viejas camas y durmió hasta que salió el sol.

Lo despertó Susan, una de las voluntarias. Era obesa y muy alta, y a Vic le daba miedo. Susan solía ocuparse de la cocina los fines de semana y preparaba platillos picantes con mucho ajo y especias de colores. A Víctor le gustaba la comida de Susan, pero nunca se lo decía.

—¡Levántate de ahí y sal! ¡Vamos! —gritó la enorme mujer.

Cuando abrió la puerta, un torrente de luz solar se derramó sobre el suelo de tierra. El sol iluminaba el espeso pelo naranja de Susan y proyectaba su temible sombra a lo largo de todo el pequeño cobertizo.

Vic se frotó los ojos, aturdido. La luz hacía que le picaran los párpados. Somnoliento, miró a su alrededor. Y de pronto recordó dónde estaba y lo que le había sucedido.

—¡El mago! —chilló, bajándose de la cama de un salto. Salió corriendo del cobertizo y entró en el orfanato.

Los pasillos estaban silenciosos. Olían a desinfectante de pino y eso quería decir que ya había pasado la hora de la limpieza. ¿Cuánto tiempo había permanecido encerrado? En respuesta, su estómago vacío emitió un ronquido profundo y gutural.

Vic atravesó el largo pasillo y llegó al salón de recreo. Allí estaban todos los juguetes, los libros y el único televisor del orfanato, aunque se rumoreaba que la directora tenía uno propio en su dormitorio del segundo piso. Los chicos grandes decían que era enorme, más grande que la pantalla de un cine. En el pueblo había un cine, pero Vic jamás había ido. Los fines de semana, cuando la directora los llevaba a la iglesia en una camioneta alquilada, pasaban por la entrada del cine, que siempre estaba llena de familias que aguardaban para entrar.

La puerta del salón de recreo estaba entreabierta. Silenciosamente, Vic se escabulló por ella y se mezcló entre sus compañeros. Recibió un codazo y otro chico le pisó el pie. Otro le tiró del cabello y por último, sintió un agudo y doloroso pinchazo en la espalda. Cerró los ojos con fuerza, para evitar llorar, y cuando encontró un pequeño espacio donde sentarse, se agachó y cruzó las piernas. Luego levantó la mirada.

El mago estaba allí.

No era como Vic se lo había imaginado y los rostros de sus compañeros decían que tampoco era como se lo habían imaginado ellos. No era viejo, no llevaba capa ni galera y tampoco tenía una asistente vestida con lentejuelas y plumas.

—Eso está pasado de moda —dijo el mago, sonriendo, cuando uno de los chicos le preguntó si haría aparecer palomas o conejos. Era un hombre joven, observó Vic, aunque no supo calcularle una edad. Tenía el cabello negro peinado hacia atrás y llevaba un pendiente en la oreja izquierda. Vestía una camiseta azul de verano y vaqueros.

Vic se arrodilló y observó por encima de las cabezas de sus compañeros.

El mago estaba parado detrás de una mesa de madera. La luz del sol que llegaba desde la ventana le iluminaba el perfil y luego caía sobre los frascos que estaban sobre la mesa. Vic los contempló con atención. Eran tres frascos de vidrio, redondos e iguales. Contenían un líquido de color púrpura de aspecto desagradable. El sol los atravesaba, haciendo que las partículas que flotaban en su interior brillaran como estrellas diminutas.

El mago sacó de su bolsillo un minúsculo frasquito de vidrio. Mostrándolo a su público, exclamó:

—Está completamente vacío. Ahora, y para que no me crean un mentiroso, quiero que uno de ustedes llene este frasco con agua del grifo.

Todos los niños alzaron la mano hacia el techo, algunos levantaron ambos brazos, creyendo que tal vez así tendrían el doble de oportunidades de ser elegidos. Vic se apresuró a alzar su mano. Sabía que el mago nunca lo elegiría. Él siempre era último en recibir el plato del desayuno, el último en recibir regalo de Navidad y el último al que miraban los profesores de la escuela para contestar las preguntas.

—Tú —exclamó el mago, señalando a Lisa. Se oyó un quejido de decepción colectiva, pero Vic pensó que todavía tenía oportunidades, ya que sobre la mesa había tres frascos. Y él sabía lo que el mago se proponía hacer. Lo había leído en un libro de biología.

El mago le entregó el frasco a Lisa y le dijo que se apresurara. Mientras aguardaban, los niños comenzaron a charlar entre ellos y nadie vio al hombre cuando bebía de su botella de agua y manoteaba algo en su bolsillo. Luego tosió y se cubrió la boca con la mano.

Cuando Lisa volvió, con las mejillas rojas y la respiración agitada, el mago le guiñó un ojo, le dio las gracias y anunció:

—¡Ahora observarán, pequeños descreídos, la magia...! ¡La verdadera magia de los magos del Antiguo Egipto, de Grecia, de los druidas, de Santa Claus...!

Los niños mantenían la mirada fija en el diminuto frasco que el mago sostenía ante sus ojos. El hombre se acercó a su público y le pidió a un chico de la primera fila que le quitara la tapa. Luego volvió a su mesa, pronunció las palabras mágicas y, muy lentamente vertió el agua en el primer frasco.

Ante los atónitos ojos de su público, el líquido púrpura se volvió de color rojo oscuro.

—¿Lo ven? —susurró el mago, con los ojos muy abiertos, señalando el frasco—. ¡Esta es la sangre de los niños que se portan mal!

Los huérfanos chillaron y se taparon los ojos, horrorizados. Víctor sonrió, porque sabía que era mentira. Pero no importaba. El mago le agradaba.

Ojalá fuera mi padre, pensó mientras el hombre le entregaba el segundo frasquito a Melanie. Un chico se quejó de que hubiese elegido de nuevo a una niña y el mago dijo que la tercera vez escogería un varón.

—¡Es la baba de los extraterrestres que secuestraron las vacas del señor Monroe! —exclamó el mago, cuando el líquido del segundo frasco se volvió verde.

Le tocó el turno de elegir a su tercer asistente. Vic levantó la mano y cerró los ojos. Susan les había enseñado a rezar y él había aprendido el padrenuestro antes que todos sus compañeros. Con el rostro contraído, comenzó a murmurar, rogando que el mago se fijara en él y lo eligiera...

—Tú... Tú, el del pelo rizado.

Vic abrió los ojos. El corazón le dio un vuelco cuando vio que el mago lo miraba a él, por encima de las cabezas de sus compañeros. Con un jadeo de felicidad, se levantó de un salto. Cuando estaba a punto de salir de entre la pequeña multitud, sintió que sus pies se enredaban con algo y se tambaleó hacia adelante. Sin embargo, no cayó al suelo.

Al levantar la mirada se encontró con los ojos del mago, que lo sostenía de un brazo. El hombre le sonrió y le entregó el pequeño frasco.

—Ten cuidado.

Vic sintió un escalofrío. Nadie le había sonreído así jamás...

—¡Ve, idiota! —gritó un chico, lanzándole una bola de papel. Víctor salió de sus ensoñaciones y echó a correr hacia el baño.

Ojalá fuera mi padre, volvió a pensar mientras el agua llenaba el frasquito, o mi hermano, o mi tío, o cualquier cosa.

Susan invitó al mago a quedarse a almorzar, pero éste arguyó que tenía unos asuntos que resolver en el pueblo. Los chicos se le colgaron del cuello y se abrazaron a sus piernas, pero finalmente tuvieron que dejar que se marchara.

—No está aquí —oyó Vic que decía el mago.

Vic se había escondido detrás del cobertizo. El auto del hombre estaba estacionado cerca del camino. Era un día soleado y sin nubes, un perfecto mediodía de verano. De los limoneros colgaban enormes limones amarillos y el aroma de los jazmines en flor llenaba los prados y se expandía hasta el lago.

Vic se asomó por el muro. El mago hablaba por un móvil. Lucía desanimado, triste.

—Me habría dado cuenta —dijo el hombre—. Ella no está aquí. —Y colgó.

Vic se adelantó corriendo hacia él.

—¡Era agua de repollo! —exclamó.

El hombre se volteó, sorprendido.

—Ah, hola... —respondió al reconocerlo, guardando el teléfono en la mochila que llevaba a la espalda. Se había despeinado el cabello, que antes llevaba echado hacia atrás.

—Me llamo Vic. Víctor... El líquido púrpura de los frascos... era agua de repollo.

El hombre le dirigió una pequeña sonrisa.

—Ajá, ¿y cómo explicas que haya cambiado de color... tan sólo con agua?

—Usted no les echó agua —replicó Vic, devolviéndole la sonrisa—. Lo vi cuando Lisa fue a llenar el frasco. Tomó algo de su botella y sacó algo de su bolsillo. Luego tosió. Se tapó la boca y en ese momento llenó el frasquito con eso que estaba en su botella. Si no me equivoco... —Vic se detuvo para tomar aire—, debe tener en su mochila tres botellas distintas.

El mago alzó las cejas y ensanchó su sonrisa. Miró la hora.

—Eres un chico muy listo. Ahora debo irme... —Le guiñó un ojo, le despeinó el cabello y comenzó a alejarse, a caminar hacia su auto—. Adiós.

Vic corrió de nuevo hacia él.

—¿Vendrá otra vez? —preguntó. El hombre se giró.

—No lo sé... no lo creo.

Vic siguió caminando. Se sintió desesperado. Quería que el mago se quedara, o al menos que le dijera que volvería. No sabía por qué, pero no quería que se fuera.

—No me caí —dijo, siguiéndolo—. Hicieron que me tropezara. Ellos no me quieren. Nunca me eligen para nada, ni aquí ni en la escuela. Siempre soy el último en todo... gracias, gracias por haberme elegido.

El mago se volteó y Vic se detuvo de golpe. Miró hacia arriba. El hombre ya no le sonreía.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, inclinándose hacia él.

—Cumplí catorce en primavera —respondió el niño.

El mago se irguió y se quedó callado, pensativo. Sacó su móvil de la mochila y le pidió a Vic que lo disculpara un momento.

—No me iré —lo tranquilizó, al ver su rostro abatido. Y para convencerlo, se quitó la mochila de los hombros y se la lanzó por los aires. Luego volvió a

guiñarle un ojo—. Sólo quiero hacer una llamada.

El hombre entró al auto y comenzó a marcar. Vic se sentó en el pasto a aguardar. ¿Con quién estaba hablando el mago? Muerto de curiosidad, se arrastró sobre el pasto hasta el auto y alzó la cabeza, para poder oírlo.

—Creo que la he encontrado —dijo el mago.

El hombre había subido la ventanilla y Vic tan sólo pudo comprender las palabras “orfanato” y “The White Road”. Tal vez el mago estuviese pidiendo permiso a sus padres para quedarse más tiempo, pensó Vic.

Cuando el mago salió del auto, estaba lívido.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Víctor—. Luce enfermo.

El hombre intentó sonreírle y le alargó el brazo.

—Me llamo Jonathan.

Vic le estrechó la mano, nervioso. Los dedos del mago estaban tibios, transpirados.

—¿Está seguro de que se siente bien? Puedo prepararle un té.

Jonathan tomó la mochila del suelo y volvió a colgársela del hombro.

—Estoy bien, Vic... es sólo que... hace mucho calor aquí.

Vic sonrió al escuchar su nombre. Nunca le llamaban “Vic”; siempre le decían “niño”, “mocoso” o “idiota”. Y a veces “mocoso idiota”.

—¿Quiere ir al río? Siempre está más fresco cerca del río.

Comenzaron a caminar. Vic no decía nada, estaba demasiado feliz y pensaba que si se ponía hablar no pararía jamás. A él le gustaba hablar. El problema era que no tenía con quién hacerlo.

—¿Usted es de la ciudad? —le preguntó a Jonathan, cuando llegaron a la margen del río. Vic se quitó las zapatillas y metió los pies en el agua.

—Sí, vivo en Kansas.

—¿Está de vacaciones aquí en Blue Lagoon?

—Sí, es un lindo pueblo.

—¿Ha venido con su famil...?

De repente, Vic sintió que una fuerza salida de la nada le daba de lleno en la espalda. Cayó al río, pataleando y boqueando desesperado.

Afuera, Jonathan se descostillaba de risa.

—¡Usted es malo! —chilló el niño, aferrándose de una roca para lograr salir, completamente empapado.

—Y tú hablas mucho. ¿Sabes lo que hago yo con los niños que no dejan de parlotear?

—¿Qué...?

—¡Me los como!

Respondiendo a una extraña especie de instinto, Víctor echó a correr. Jonathan se levantó y comenzó a perseguirlo.

¿Por qué estoy huyendo? se preguntó Vic. Saltó por encima de un árbol caído y se internó entre los árboles. Sabía que Jonathan lo seguía.

“¿Por qué estoy huyendo?”, se repitió.

Y dejó de correr.

Jonathan se detuvo de pronto. Su pecho golpeó la cabeza de Vic y antes de que se dieran cuenta, ya estaban los dos echados sobre el pasto, riendo y jadeando.

Y Jonathan no se fue. Se estableció en una casa ubicada lejos del pueblo, en el bosque, prudentemente cerca del orfanato The White Road. Acudía todos los fines de semana a enseñarles magia a los niños, aunque algunos ya decían que sus espectáculos se parecían a las clases de la escuela.

Vic sabía que el mago sólo iba al orfanato a visitarlo a él, pero nunca se lo dijo a nadie. Tampoco se atrevía a preguntárselo a Jonathan, porque temía que le respondiera que no era verdad. ¿Qué problema había en que quisiera creer que él era especial, aunque estuviera engañándose? Le dolía pensar que tal vez se equivocara.

Cuando Vic cumplió quince años, Jonathan le regaló un cazamariposas nuevo. Ese día, el chico se dio cuenta de que no sabía cuántos años tenía su amigo.

—Veinte —le respondió Jonathan con una sonrisa. Vic amaba esa sonrisa.

“¿Dónde estaré cuando tenga veinte años?” se preguntaba Vic. “¿Cuándo seré tan alto como Jon?”.

Los niños se daban cuenta de que Vic era el favorito del mago. Lo había nombrado asistente personal y dejaba que sostuviera su mochila y su varita mágica.

—No dejes que tus compañeros la vean —le dijo Jonathan a Vic la tarde de su doceavo cumpleaños.

Estaban en un restaurante del pueblo, comiendo rosbif con ensalada. A Vic no le gustaba la ensalada y a juzgar por el otro plato intacto, a Jonathan tampoco.

—Es una colonia de hormigas —explicó Jon—. Puedes observarlas mientras trabajan y cavan túneles. Esa de ahí —dijo señalando un punto dentro de la gran caja de cristal llena tierra—, es la reina.

Vic estaba fascinado. Por primera vez tenía un amigo, aunque uno de los chicos más grandes, seguramente motivado por la envidia, le había dicho que era imposible que Jonathan lo considerara su amigo.

—¡Jonathan es mi amigo! —había chillado Vic, furioso y harto de oír al muchacho—. ¡Me tiene mucho cariño y...!

—Sí, quizás te tiene demasiado cariño, no sé si me entiendes...

Y los chicos grandes, los que habían comprendido la burla, prorrumpieron en carcajadas.

Vic se había puesto rojo de ira. La directora intervino en la disputa y se lo llevó a su oficina. Le dijo que estaba preocupada y que le contara qué hacía con Jonathan cuando se lo llevaba en su auto al pueblo.

—Vamos de paseo. El otro día me llevó a visitar una granja. ¿Por qué les molesta tanto que Jon me lleve de paseo? ¡Ellos siempre me han tratado mal! ¡Siempre me han odiado! ¡Y nunca he entendido por qué!

Víctor se echó a llorar y la directora le dijo que se fuera porque no soportaba oír su llanto. Luego, Vic se encerró en el cobertizo para buscar arañas. Encontró tres y las devoró una tras otra, llorando a moco tendido, saboreando sus lágrimas junto con la masa agria de sus peludos cuerpos destrozados. Después encontró una cucaracha muerta. Rabioso, se la echó a la boca y la saboreó, horrorizado al descubrir, otra vez, lo bien que se sentía comer insectos. Si por él fuera, sólo se alimentaría de ellos. Arañas, hormigas, moscas, cucarachas, escarabajos, grillos.

No quería contarle su secreto a Jonathan. Le avergonzaba. Sabía que Jon se enfadaría si se enteraba de que se había comido todas las hormigas de la colonia.

La tentación había sido demasiada. Los chicos lo habían obligado a quedarse media hora bajo el agua fría de la ducha. El sabor de las hormigas había calmado su desesperación.

“Quizás te tiene demasiado cariño, no sé si me entiendes”.

Sí, Vic no era idiota; había entendido. Los chicos pensaban que Jonathan le hacía cosas malas. Lo que no sabían los chicos era que él mismo, Vic, era quien ansiaba hacer esas cosas con Jonathan.

Cuando se dio cuenta de lo que sentía, Vic había comido todo insecto que pasara frente a sus ojos. En la escuela, casi había saltado sobre la cabeza de Lisa, que se había contagiado piojos hacía una semana.

Él no podía querer eso, se reprochaba cada vez que, en la escuela, miraba a los chicos y chicas de los cursos superiores coqueteándose unos a otros sin ningún pudor. Él era pequeño aún y Jonathan era un hombre adulto.

Pero a Vic no le atraían otros hombres. Y eso era lo que más lo angustiaba.

—Ya puedes abrir los ojos —le dijo Jonathan ese día.

Hacía más de media hora que Vic estaba junto a él en el auto, con el rostro vendado. Se sentía algo mareado. Lleno de alegría, se quitó el pañuelo de los ojos.

Se encontraban en el pueblo, observó, mirando a su alrededor con entusiasmo. Jonathan le aferró el mentón y le señaló algo a su izquierda.

Era el cine.

Vic ahogó un jadeo de emoción. ¡El cine! ¡Jonathan lo llevaría al cine!

El edificio se recortaba contra el cielo de color gris plomo. A pesar de que era por la tarde, el pueblo estaba oscuro, vacío, triste. A Vic no le importaba. Era su cumpleaños número dieciséis y lo pasaría con Jonathan.

“GRAN CINE DE BLUE LAGOON”, rezaba el cartel luminoso que coronaba la fachada. La “B” se había apagado y la “G” parpadeaba somnolienta, cansada de la permanente labor.

Eligieron una película de arañas. Una manada de tarántulas asesinas invadía un pueblo (uno muy parecido a Blue Lagoon) y una familia sufría y luchaba por ponerse a salvo de ellas. En sí, el argumento era aburrido, pero cada vez que aparecía uno de aquellos enormes insectos, a Vic se le hacía agua la boca. Aunque por supuesto, sabía que no eran reales.

—Pensé que te asustarías —confesó Jonathan, mientras la familia se alejaba de su pueblo en un barco. La esposa besó en los labios a su marido. Le dijo que estaba embarazada de dos meses. Vic, casi sin pensarlo, apoyó la cabeza en el brazo de Jonathan. El hombre le pasó el brazo alrededor de los hombros y con las uñas le hizo cosquillas en el cuello. Vic se estremeció.

“La sala está vacía”, se encontró pensando, “puedo hacerlo, puedo dejar que lo haga”.

—No me dan miedo las arañas —susurró en voz muy baja. Se movió apenas, frotando su cabeza contra el hombro de Jonathan, inclinándose más hacia él. La mano que estaba en su cuello fue bordeando su barbilla, su mejilla. Vic levantó la vista y se encontró con los ojos de Jonathan que lo miraban confundidos, turbados—. Me gustan...

—A mí también me gustan.

Y lo besó. Los labios del hombre estaban tibios y eran suaves, muy suaves. Vic cerró los ojos y se imaginó que él mismo estaba en ese barco con Jonathan, navegando por aquel río negro y resplandeciente. Cuando el hombre intentó apartarse, Vic lo detuvo rodeándole el cuello con los brazos, como si quisiera que jamás se alejara de él. Jonathan abrió los ojos, sorprendido, y Vic se colgó de su boca, desesperado.

—Te quiero —gimió el chico, tembloroso.

“Yo también”, pensó el hombre.

La tormenta había comenzado hacía rato, observó Jonathan al encontrarse con el pueblo completamente desolado. Si no se apresuraba a guardar el auto, el granizo podría abollarlo y estropearle el parabrisas y las ventanillas.

—¡Vic, creo que no podré dejarte en el orfanato! —exclamó, mientras corrían hacia el estacionamiento.

Vic todavía estaba en las nubes.

—Llévame a tu casa —pidió—. Quiero conocerla.

—Creo que será lo mejor...

Y Jonathan se daba cuenta de que no tenía otra opción. A esas alturas, era posible que los caminos ya estuviesen inundados.

—Jon, ¿cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Vic, con timidez. Se sentía egoísta y estúpido al no haber hecho antes esa pregunta tan importante. Jonathan lo miró de costado y le sonrió. Luego le echó una ojeada rápida al reloj. Vic se sonrojó y desvió la vista, fijando su mirada en las lejanas montañas verdes que la tormenta difuminaba y teñía de gris.

—En seis horas cumplo veintitrés.

Vic ahogó un jadeo de sorpresa y el hombre soltó una risita divertida.

—¿Por qué no me lo dijiste? —chilló el chico, emocionado.

—No era importante —respondió Jonathan encogiéndose de hombros. Vic se escandalizó:

—¡Sí que lo es! Y... —se calló. Se sintió apenado. Jonathan siempre tenía algún obsequio para él. A veces Vic odiaba ser tan pobre—. ¿Con quién lo pasas? —preguntó, casi temiendo la respuesta.

—Conmigo mismo —declaró el hombre en voz baja.

La casa de Jonathan estaba en medio de un bosque. Era una cabaña de madera, sostenida por ocho enormes pilares que la mantenían erguida en el aire. El hombre explicó que eso evitaba que sufriera las consecuencias de las inundaciones que llegaban con el invierno. La cabaña estaba rodeada de árboles cargados de moras y, a pesar de la lluvia, Vic podía percibir el aroma

dulzón de las frutas que se pudrían sobre el barro.

Jonathan se acercó a uno de los árboles, dio un pequeño salto y sacudió una rama. Al instante, una escalerilla de soga se deslizó desde la entrada de la cabaña hasta el suelo. Vic estaba fascinado.

—¿Tienes electricidad? —preguntó cuando, al entrar en la cabaña, Jonathan presionó un interruptor y el saloncito se llenó de una débil y cálida luz anaranjada. Jonathan le explicó que en el techo de la cabaña había un generador de energía eléctrica que funcionaba con dos enormes baterías.

Vic miraba hacia todos los sitios. La casa parecía una combinación entre un museo y un laboratorio. En el pequeño salón, que era a la vez salón, comedor y cocina, había una gran mesa de madera repleta de utensilios que no supo reconocer. Sólo pudo identificar un microscopio, ubicado entre varios frascos rotulados y ampollas llenas de líquidos transparentes. En un rincón había una estantería colmada de papeles y libros de química. Junto a la ventana, por la que se veía un borrón verde salpicado de manchas púrpura, había un sillón de lectura y una mesita más pequeña.

—¿Me dejas... mirar? —susurró Vic con timidez, señalando vagamente a su alrededor con la mano.

—Claro, aunque no creo que haya mucho que mirar —respondió Jon.

El hombre dejó la mochila sobre el sillón y entró en la cocina. Ésta, pudo ver Vic, estaba precariamente separada del salón por una cortina de color azul oscuro. Allí había una cocina conectada por un conducto a una gran garrafa de gas, un pequeño refrigerador, una alacena y un fregadero para lavar trastos.

Vic abrió la puerta del baño. No era tan chico como se lo había imaginado. La bañera era un cubículo completamente cerrado; Vic la golpeó apenas, con el puño, y notó que era de plástico. Allí adentro cabía una persona adulta de pie. Él tal vez cupiera sentado, pensó. Vic oyó un zumbido curioso. Rodeando el cubículo, vio que éste tenía un grueso tubo pegado en la parte inferior. El tubo se sacudía y él se dio cuenta de que, de algún modo, estaba recolectando agua de lluvia.

En el baño también había una garrafa de gas, observó, aunque estaba desconectada del cubículo. El retrete era sencillo y cuando Vic asomó la cabeza a su interior, notó que era hueco.

El lavabo era bonito, de color blanco. Los grifos eran dorados y tenían forma de pez. Sonriendo, Vic los acarició con la punta de los dedos. Se miró en el espejo. La humedad del ambiente le había erizado los rizos, que se erguían rebeldes en todas las direcciones. Abrió el grifo, se mojó las manos y

se peinó con los dedos, aunque sin mucho resultado.

Vic chasqueó la lengua. Le había salido un grano. Era un punto rosado y horrible, ubicado justo en la mitad de su mejilla izquierda. Cuando se lo tocaba, le dolía. Vic no se consideraba guapo, pero sabía que tampoco era extremadamente feo. Lo único que le gustaba de su apariencia eran sus ojos, que eran de color miel y que se volvían casi verdes los días de sol. Por otro lado, detestaba su cabello enrulado. A veces, cuando se ponía melancólico, se preguntaba de quién había heredado los ojos miel y los rizos. ¿De su padre? ¿De su madre? ¿De algún abuelo?

Salió del baño. Sólo quedaba el dormitorio. Jonathan seguía en la cocina, al parecer preparando la comida. Silenciosamente, Vic abrió la puerta de la última habitación, entró y la cerró tras él.

La cama ocupaba la mayor parte del espacio. Apenas la vio, Vic se dio cuenta de que estaba realmente cansado. Con un gemido, se lanzó hacia ella de espaldas. Estaba deshecha, pero eso no lo detuvo. Era cómoda y olía muy bien. Olía a Jonathan. Riendo en voz baja, se giró y abrazó la almohada. Hundiendo el rostro en ella, respiró profundamente de su perfume.

El dormitorio era la habitación más bonita de la casa, pensó. Apretó la almohada con fuerza, como le habría gustado apretar a Jonathan o como habría querido que él lo apretara. Giró sobre la cama y suspiró. Sus ojos se encontraron con el techo de la cabaña, oscuro, alto. Vic se inclinó hacia la mesita de luz y encendió la pequeña lámpara.

Frente a la cama descansaba un closet de madera rojiza. La puerta estaba entreabierta y Vic alcanzó a ver un par de camisas colgadas. Arriba del closet había un televisor. Cuando Vic se estiró entre las sábanas revueltas, su pie tocó algo duro. Era el control remoto.

—¡Vic! —dijo la voz de Jonathan—. Ah, estabas aquí.

Vic se sentó en la cama, algo avergonzado. Jonathan sostenía una bandeja con dos platos y dos vasos con agua. Se sentó a su lado. El chico sonrió.

—Me gusta tu casa —susurró, tomando el plato que Jonathan le ofrecía—. Me gustaría vivir aquí contigo.

El hombre alzó las cejas, sorprendido, y Vic se sonrojó furiosamente. Había hablado sin pensar.

—L-lo siento —musitó, muerto de vergüenza—. No quise...

Después de todo, había sido sólo un beso, pensó, agachando la cabeza. Y no uno de verdad, como los que se daban los grandes en la televisión. Jonathan le levantó el rostro y le sonrió. Vic casi soltó un jadeo. Tenía los ojos

húmedos.

—Hey, ¿qué pasa...? —susurró Jon, quitándole el plato de las manos—. ¿Por qué lloras, Vic?

Víctor se sentía patético. No podía evitarlo. Jonathan le hacía sentirse extraño, mucho más extraño de lo que jamás se había sentido entre los chicos del orfanato. Pero de alguna forma, percibía que el hombre y él tenían algo en común, algo que no sabía, que no podía describir con palabras.

Vic estaba loco por Jonathan y sentía que su locura iba a salirse de control.

Obedeciendo a ese impulso primigenio, a ese deseo abrasador que lo consumía, Víctor se lanzó hacia Jonathan y lo besó en la boca con hambre. Se aferró de su camisa y le clavó las uñas en la espalda. Con un gemido, le mordió el labio inferior e introdujo la lengua en su boca.

Jonathan soltó quejido de sorpresa y cayó de espaldas sobre la cama bajo el peso de Víctor. Cuando el chico lo mordió, dio un respingo de dolor. Lo tomó de las caderas, le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo más a su cuerpo. Vic se derrumbó sobre él, excitado. La cabeza le daba vueltas. Mareado, descubrió que Jonathan no lo estaba rechazando, sino que lo animaba con su silencio y sus manos.

Vic se estremeció y chilló. Extenuado, resbaló entre los brazos de Jonathan hasta quedar inmóvil sobre su pecho. Le costaba respirar.

—Vic —exclamó el hombre—. ¡Vic! ¿Estás bien?

El chico tardó en darse cuenta del motivo de la pregunta. En medio de su sopor, oyó el silbido estrangulado que salía de su garganta. Jonathan se incorporó y lo acomodó a su lado. Lo cubrió con la sábana. Vic le sonrió apenas y asintió. El hombre le alcanzó un vaso de agua y el chico la bebió despacio, de a pequeños sorbos.

—Gracias —gorjeó, apenado.

Jonathan estaba callado, pensativo. Víctor quiso pedirle perdón, pero antes de que abriera la boca, el hombre le preguntó:

—¿Vic, estás seguro de que hoy cumples dieciséis?

Vic levantó la mirada, confundido. Luego volvió a suspirar.

—Yo qué sé. Me abandonaron en la iglesia del pueblo, Jon —susurró, encogiéndose de hombros.

Al oírlo el hombre sintió que sus ojos se humedecían. Se acercó a Vic otra vez, que se había hecho un ovillo entre las sábanas, y lo abrazó con fuerza, como queriendo que sus cuerpos se fundieran en uno.

—A mí, en un vertedero —le confesó a Vic al oído.

El chico sintió que algo se sacudía en su interior, que algo cobraba vida. Se deslizó por entre el cuerpo de Jonathan y buscó su rostro, sus ojos. Negros, profundos, cálidos; estaban mojados, llenos de secretos. En ese momento, el reloj que estaba sobre la mesita de luz soltó un pequeño chasquido.

—Feliz cumpleaños, Jon.

Víctor deslizó la pierna derecha por debajo del cuerpo del hombre. Jon se irguió para hacerle sitio, sin apartar los ojos de los suyos. Con cuidado, Vic lo rodeó con los brazos y pasó las manos por debajo de su camiseta. Le acarició la espalda, dura y fuerte, paseó los dedos por su vientre y llegó hasta su pecho.

—Vic, esto no está bien —susurró Jonathan, con calma. El chico soltó un quejido desesperado.

—Es que... —chilló, cerrando los ojos con fuerza—. ¡Es que no aguanto más!

Jonathan se sobresaltó. El muchacho temblaba entre sus brazos, sollozando y balbuceando incoherencias. Alarmado, lo recostó sobre la cama. Empapó la punta de la sábana con agua y le humedeció el rostro sonrojado, acalorado.

—No tienes fiebre...

Vic negó con la cabeza y abrió los ojos.

—Quiero estar contigo —le dijo, mirándolo.

Jonathan le sostuvo la mirada y le dio un delicado beso en los labios.

—Ya estás conmigo, Vic.

El joven chasqueó la lengua. Jonathan no le había comprendido. O en todo caso, lo había evadido. Vic se irguió y se quitó la camiseta. La dobló con cuidado y la dejó bajo la almohada. Jonathan lo contempló fijamente y alargó una mano hacia su pecho. Vic se sacudió. Jon tenía los dedos tibios, pero él los sintió fríos.

Vic ardía.

Jonathan le acarició el pecho con la punta de los dedos, acarició sus pezones sonrosados y se detuvo en su vientre. Estrechó con delicadeza la carne de Vic, esa carne joven y suave que se incendiaba a su contacto.

Y entonces, Jonathan supo que no valía la pena esperar más tiempo.

Tiró del brazo de Vic y lo acercó a su cuerpo. El chico gimió, sobresaltado, pero enseguida comprendió que su deseo iba a realizarse esa noche, que aquello que lo torturaba en sus sueños y lo obligaba a devorar las arañas del cobertizo por fin se haría realidad.

—Tengo mucho calor —sollozó, mientras Jonathan lo tumbaba en la cama de espaldas.

—Eso puede solucionarse —susurró el hombre. Lentamente, se subió sobre Vic y lo rodeó con todo su cuerpo.

El joven temblaba de excitación, de calor. Otra vez se sentía mareado y volvió a cerrar los ojos. Quedó acorralado bajo Jonathan, casi inmóvil, incapaz de hacer otra cosa más que respirar. Las gotas de sudor que resbalaban por su frente y su rostro le hacían cosquillas; su respiración era un silbido afónico y ahogado que se arrastraba por su garganta como un reptil.

De repente, algo suave y húmedo comenzó a subir por su pecho. Algo fresco, algo que parecía un gusano mojado. Cuando abrió los ojos apenas, Vic se dio cuenta de que era la lengua de Jonathan.

El chico se revolvió, muerto de placer, descubriendo que ya no tenía tanto calor, que la lengua de Jon calmaba su fiebre y relajaba sus células. Lentamente, Vic comenzó a disfrutar. Jonathan lo tomó de las muñecas y hundió el rostro en su axila. Su lengua comenzó a excavar ese pequeño recoveco blanco, ya lleno de pelusas castañas.

Al verlos, al lamerlos, al saborearlos, Jonathan se emocionó. Abrió la boca y mordió con gula ese hueco perfumado a desesperación y a adolescencia. Vic chilló, embriagado de sensaciones nuevas.

La lengua de Jonathan se escabulló por su vientre y llegó al ombligo. Vic siempre se había sentido avergonzado de su ombligo. Era un trozo de carne salida hacia afuera y le parecía grotesco. Sin embargo, Jon lo mordió suavemente y luego lo chupó, como si esa pequeña protuberancia tuviera su propio sabor.

Jonathan le bajó los pantalones y la ropa interior. Extrañamente, cuando lo hizo, Vic no sintió vergüenza. El recuerdo de sus compañeros burlándose de su ombligo era sólo eso, un recuerdo vago y difuso que no serviría para nada más que atormentarlo. Sonriendo, Vic se deshizo de todos sus malos recuerdos y se entregó a Jonathan.

Abrió los ojos. Jon se había tumbado de espaldas, a su lado. Vic no dijo nada. De algún modo, comprendió lo que tenía que hacer. De alguna forma, sabía que su papel iba más allá de quedarse echado y recibir las atenciones de Jon. Sorprendido, se dio cuenta de que ya no tenía tanto calor. Su temperatura había disminuido. Ya no había mareos.

Jonathan le tomó la mano y la apoyó sobre su cinturón. Vic le sonrió y se sentó a horcajadas sobre su vientre, ya completamente desnudo.

—¿Has estado con muchas personas antes? —susurró, inclinándose hacia Jon, con un delicado envío de sus labios.

—Jamás con alguien como tú.

Mientras se besaban, Vic se llevó las manos a la espalda y, a ciegas, buscó el broche del cinturón de Jon. Dándose cuenta de que así no lograría nada, se separó del hombre.

Cuando Vic le bajó la ropa interior y aferró su pene, Jonathan sintió que por fin su existencia comenzaba a cobrar sentido, que toda su vida finalmente revelaba los motivos de todo aquel sufrimiento que había sido obligado a padecer. La mano del joven se cerró en torno a su miembro despierto y lo presionó apenas, con ansias, con curiosidad. Jon dejó caer un jadeo extasiado y echó la cabeza hacia atrás.

Y de repente, Vic se sintió muy hambriento. Era un hambre extraña, parecida a la que le causaban las arañas o los escarabajos. Abrió la boca, y notó que el tibio espacio bajo su lengua se llenaba de saliva. Lentamente, Vic acercó la boca al pene de Jon y chupó la punta, rodeándola con sus labios mojados.

Al sentir que su boca se inundaba del sabor de Jonathan, Vic se apartó, y contempló el miembro con una mezcla de ansiedad y temor. Era ancho, grueso, mucho más grande que el suyo propio, que era un animalillo diminuto y rosado. Vic levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Jon, que lo contemplaban silenciosos y atentos. Expectantes.

En el instante que duró ese cruce de miradas, Vic supo que debía seguir hasta el final. Lamió todo el largo del sexo de Jon, lo acarició, lo sacudió, descubrió todos sus rincones, todos sus colores. Y cuando advirtió que ese final estaba próximo, se llevó el miembro a la boca y dejó que la explosión de su semen se escurriera por su garganta hasta llegar a su estómago.

Sabía extrañamente ácido, un poco dulce también. Vic se apartó, presionó un poco el pene y una última gota de esperma se asomó al exterior. Era celeste claro, casi del color del cielo. Vic sonrió, sacó la lengua y la lamió.

Cuando Vic veía a sus compañeros besarse con sus novias, no podía evitar sentir envidia. Le habría gustado gritarles y hacer que supieran que él no estaba solo, que también tenía alguien con quien besarse y hacer el amor. Pero sabía que no debía. Y por eso se quedaba en silencio y hacía oídos sordos a las burlas de los chicos, que le decían que nunca conseguiría novia porque estaba enfermo y olía mal.

—¿Huelo mal? —le había preguntado una noche a Jon, cuando el hombre comenzaba a lamerle el cuerpo. Jonathan lo había mirado con sorpresa, luego se rió y continuó lamiéndolo.

Las relaciones sexuales se habían vuelto muy frecuentes. Durante semanas enteras, Vic moría de ganas de estar con Jon. Y sabía que al hombre le ocurría lo mismo. Se enredaban entre las sábanas de la cama, ardientes y ansiosos, y se perdían en el cuerpo del otro como animalillos hambrientos, como abejas golosas en un campo de violetas.

Y siempre era igual: Jonathan lo bañaba de su saliva para calmar su calor y luego Víctor exprimía de su sexo el abundante semen, que saboreaba en su boca y luego tragaba.

Pero una noche, Vic pidió que fueran más allá.

—Penétrame —le suplicó, echándose a su lado, ofreciéndose sin reservas. Se reclinó como un gato, en cuatro patas y con las piernas separadas, aguardando.

Jon dudaba.

—¿Estás seguro de que quieres esto, Víctor? —le preguntó, alarmado.

Vic se extrañó por el hecho de que Jon lo hubiese llamado por su nombre completo. No estaba muy seguro de la respuesta. La verdad era que sólo sentía curiosidad por la penetración. No sabía si realmente lo deseaba.

—Sí —respondió, a pesar de todo.

Y Jonathan cumplió su pedido, pero cuando acabaron, ambos sabían que no repetirían la experiencia. Lo único que Vic sintió fue dolor y cuando Jon eyaculó en su interior, se lamentó de haber desperdiciado aquel preciado alimento, dejando que se perdiera para siempre en sus entrañas.

Pero al menos ya lo había hecho, ya sabía lo que se sentía. Podrían no

haberlo disfrutado, aunque eso no era realmente importante.

—Nunca lograrás que una chica quiera que te la folles —le decían los muchachos del orfanato. Y Vic sonreía y se encogía de hombros, recordando los jadeos de Jonathan de la noche pasada.

Para su cumpleaños número diecisiete, Jonathan le regaló a Vic una bicicleta. Era de color verde botella y tenía un canasto negro en la parte delantera.

—Es para que pongas allí tu bolso cuando vas a la escuela —le dijo Jonathan.

El obsequio provocó el aumento del odio que los chicos sentían por Víctor, ya que ellos debían acudir a la escuela a pie. Y por eso comenzaron una serie de rumores desagradables acerca de Vic y Jonathan. Rumores que desencadenaron la preocupación de la directora y las voluntarias.

Los chicos decían que los habían visto juntos en el campo, teniendo sexo bajo un árbol.

Fue Susan la encargada de desmentir aquellos rumores. Se llevó a Lucas a la cocina y le preguntó bajo qué árbol había visto a Vic y a Jonathan.

—Bajo un roble —respondió el chico.

Luego, la mujer hizo lo mismo con Daniel.

—Bajo un limonero —dijo el segundo.

—Bajo un manzano —contestó Zach, el tercero.

Y de esa forma, la directora descubrió el engaño y castigó a los tres chicos con tareas de jardinería.

Eso no hizo más que aumentar la furia de los muchachos. Ellos estaban seguros de que algo ocurría entre Víctor y el mago. Al principio, sólo habían envidiado el cariño que Jon sentía por Vic. Luego, con el paso de los años, sus sentimientos se habían complejizado y el rencor comenzó a ser a causa de los pequeños obsequios que Vic recibía, del dinero con el que se compraba golosinas en la escuela.

La segunda tarde de castigo, aguardaron que Víctor saliera a pasear por el bosque y se escondieron detrás de los arbustos.

Vic iba a buscar insectos. Todos los días, por la tarde o por la noche, se subía a su bicicleta y salía a recolectar hormigas, arañas y escarabajos. Ya había aceptado que comer insectos le hacía sentir mejor, que formaba parte de él. Ya no lo hacía por despecho, sino por gusto y puro placer. Se sentaba entre las raíces de algún árbol y aguardaba que los bichos saliesen de sus escondites, que las procesiones de hormigas se hicieran visibles entre el pasto

y la tierra.

—¿Nos la prestas? —exclamó una voz grave y ronca.

Era Lucas. Vic se levantó del pasto, sobresaltado. Lucas salió de detrás de los arbustos y a él lo siguieron Daniel y Zach. Eran los tres muchachos más grandes del orfanato, los que hacían trabajos de carpintería para algunas personas del pueblo cuando querían ganarse algún dinero para irse de parranda con sus novias. Lucas se acercó a la bicicleta de Vic, que estaba tendida sobre el pasto, y la levantó con una mano.

—¿Qué haces con ese tipo, eh? —preguntó Daniel, acercándose a Víctor. Daniel era alto y delgado. Tenía el cabello largo, muy negro y siempre lo llevaba atado en una coleta.

—¡Déjala! —gritó Vic, con los puños apretados. Lucas no le hizo caso.

—¿Le chupas la verga? —insistió Daniel—. Eh, contesta, ¿se la chupas? ¿Te la mete por el culo?

—¡Cállate! ¡Deja mi bicicleta!

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer para que la deje?

Lucas le hizo una seña a Zach, el más corpulento de los tres. El joven sonrió y extrajo del bolsillo de los vaqueros unas gruesas y filosas pinzas. Se las pasó a Lucas y éste se agachó sobre el pasto. Con una sonrisa malévola, acarició las cadenas de la bicicleta con las patas de la pinza abiertas.

—¡DÉJALA! —vociferó Vic, lanzándose hacia ellos. Zach lo tomó del cuello de la camiseta y lo lanzó al suelo. Vic sollozó—. ¡SUÉLTAME! —chillaba a todo pulmón. Logró enviar una patada que alcanzó al chico en la entrepierna. Éste gimió de dolor y cayó al suelo de costado, insultando y rugiendo.

Vic se levantó del suelo, pero Daniel lo atrapó por la cintura y le clavó la rodilla en los riñones. Con un jadeo, Vic intentó levantar los brazos para lograr defenderse. Sollozando, contempló cómo Lucas quebraba con las pinzas la cadena de su bicicleta.

—¡HIJO DE PUTA! —bramó, pataleando sin parar. Daniel le tapó la boca con la mano. Lucas reía. Zach se había levantado del suelo y rengueaba al caminar—. ¡SUÉLTAME, JODER! —masculló Vic, con la boca del muchacho sobre la boca. Un par de dedos se resbalaron entre sus labios. Fuera de sí, Vic los atrapó con los dientes y los mordió con toda la fuerza que fue capaz.

El grito de Daniel se oyó en todas las inmediaciones del bosque.

La boca de Vic se llenó del sabor metálico de la sangre. El líquido explotó, bañándole los labios y la lengua. Cuando sus dientes se encontraron con el

hueso, Vic soltó los dedos de Daniel y se escabulló de su agarre.

Dejando a los tres muchachos en medio del bosque, echó a correr por el camino.

6

Daniel fue internado en el hospital de Blue Lagoon. Luego de que le cosieran los dedos, comenzó a presentar fiebre. Después comenzaron los vómitos y en el tercer día, su rostro resultaba irreconocible por culpa del horrendo sarpullido que le cubría todo el cuerpo.

Los médicos no sabían qué le ocurría. Sin contar su mano, el chico estaba completamente sano. Analizaron su sangre, su orina, sus heces, rebanaron todas las partes posibles de su cuerpo. Daniel no padecía ninguna enfermedad. Ni bacteria, bacilo, ni virus. No había nada en su cerebro ni en su hígado; ninguna mancha oscura en las radiografías.

No había nada.

Pasada una semana, le costaba respirar y debieron entubarlo.

Y los chicos sospechaban que Víctor tenía algo que ver. Los doctores no les hicieron caso porque era imposible que una mordida enviara a una persona al otro lado. La situación de Daniel era terrible y lamentable, además de inexplicable, pero no se le debía echar la culpa a un muchacho que había actuado violentamente sólo para defenderse y defender su bicicleta.

Luego de casi un mes de agonía, Daniel perdió el control de sus esfínteres y comenzó a sangrar por el ano. Sus órganos internos se habían deteriorado.

Murió una noche de primavera, ahogado en su propia sangre.

La muerte de Daniel fue la perdición de Vic. Los médicos podían negarlo, pero los huérfanos estaban seguros de que lo que había matado al chico era la mordida de Víctor. Luego del entierro, los muchachos comenzaron su venganza.

Quemaron toda la ropa de Vic, escondieron sus cuadernos de la escuela, le echaron toneladas de sal a su comida y una noche le llenaron la cama de cucarachas muertas. Al verlas, Vic sonrió y se arrebujó entre las sábanas, con los pegajosos esqueletos de las cucarachas haciéndole cosquillas en todo el cuerpo. Los muchachos lo contemplaron anonadados y asqueados. Cuando el chico se durmió, debieron aceptar que habían fracasado.

A la mañana siguiente, descubrieron que ya no quedaba ninguna cucaracha en la cama de Vic. Uno de ellos afirmó que lo había oído masticar.

La directora veía los maltratos que Víctor sufría, pero no hacía nada para detenerlos o evitarlos. Tampoco las voluntarias. A pesar de todo, no podían evitar sospechar. Las personas sanas no mueren de un día para el otro, con los pulmones y los riñones llenos de sangre.

Por culpa del rechazo y los malos tratos, Vic cayó en una profunda depresión. Ya no podía comer junto a sus compañeros, porque le llenaban el plato de pasta de dientes o detergente. Habían descubierto que los insectos no le desagradaban. Los chicos se habían puesto de acuerdo para molestarlo durante las noches y no dejarlo dormir. Y en la escuela, robaban las hojas de su tarea y hacían que los profesores lo castigaran.

Vic comenzó a enfermar, pero nadie se preocupó. Todos pensaban que se lo merecía o que lo hacía para que sus compañeros dejaran de atormentarlo y las voluntarias le prestaran algo de atención. Indignado, Jonathan le exigió a la directora que le permitiera llevarse a Vic a su casa para cuidar de él. La mujer no se opuso. Víctor le resultaba desagradable, siempre había sido así.

—¿Por qué me odian? —le preguntó Víctor a Jonathan.

Hacía dos días que el chico tenía náuseas y unas décimas de fiebre. Permanecía en la cama de Jon, recostado y mirando la televisión, mientras el hombre realizaba sus investigaciones en la salita de la cabaña. Cada quince minutos, Jon acudía a ver cómo se encontraba Víctor y le daba algo de comer.

—Estoy lleno, Jon —se quejaba Vic, riendo—. ¡Ya he comido mucho!

La comida de Jonathan era deliciosa, mucho más rica que la de Susan.

Jon parecía muy contento de tener a Vic en casa. Limpió y ordenó el dormitorio, corrió las cortinas para que entrara la luz solar y una tarde le comentó al chico que planeaba comprar una cama más grande.

—¡Pero si entramos los dos perfectamente! —exclamó Vic, estirándose a sus anchas sobre las sábanas.

Vic nunca había visto a Jonathan de tan buen humor. Una tarde, estuvo seguro de que lo había oído cantar en la ducha. Se sentía halagado de que Jon estuviera contento de tenerlo en casa, pero Vic no se sentía nada bien de salud y en todos esos días no habían hecho el amor ni una vez. A pesar de eso, dormían muy juntos, abrazados y acurrucados el uno contra el otro.

—Estoy construyendo un pequeño ático —exclamó Jonathan, el décimo día que Vic pasaba en la cabaña—. Necesito trasladar mis experimentos a un sitio más oscuro.

Vic tenía sueño y apenas lo oía. Ese día se sentía especialmente mal. Y Jon no dejaba de hablar.

—¿Qué te parece si vamos a Disney cuando te sientas mejor?

—Si es que algún día me siento mejor... Creo que me moriré hoy mismo, Jon...

—No digas tonterías.

Jonathan se le acercó y le levantó el rostro. Vic tenía los ojos hinchados y las mejillas sonrojadas por la fiebre. Su frente estaba perlada de un sudor frío, pero el resto de su cuerpo ardía de temperatura. El hombre sonrió y lo besó en los labios.

—Te pondrás bien —aseguró—. Y luego iremos a Disney.

Tiritando, con su cuerpo oscilando entre el frío y el calor, Vic se durmió.

Cuando despertó, la habitación estaba a oscuras. Se asomó por la ventana del dormitorio. Los grillos cantaban, su melodía se extendía en la noche como en un eco tembloroso, casi triste. Sorprendido, Vic se dio cuenta de que ya no tenía fiebre. Se bajó de la cama. Seguía sintiéndose mareado. El piso de madera estaba tibio. Sobre la mesa de luz había una jarra con agua fresca y la palangana que Jon había dejado por si Vic llegaba a tener ganas de vomitar, cosa que aún no había sucedido.

Por debajo de la puerta se vislumbraba un débil rayo de luz amarilla.

Salió de la habitación. Jon debía estar entre sus microscopios y sus tubos de ensayo. Vic se asomó hacia el saloncito. Estaba apenas iluminado por una única bombilla blanca que colgaba del techo, entre las tablas. Jonathan se encontraba sentado a la mesa, con la cabeza hundida en su microscopio y sosteniendo un frasco vacío.

Vic suspiró. Le parecía increíble que su relación con Jonathan fuese tan perfecta; como si no fuesen seres humanos, como si fueran individuos de una raza exclusiva y extraña que no podrían encontrar amor y consuelo en otro ser de la tierra.

Jonathan manoteó una jeringa y extrajo del frasco unos milímetros cúbicos del líquido transparente. Lo liberó sobre aquello que estaba bajo el microscopio, observó el resultado y, satisfecho, se apartó y se estiró, bostezando. Tomó un vaso de agua que estaba junto a sus libros, dio un sorbo y agarró el plato que estaba sobre la pila de papeles amontonados a su derecha.

Víctor ahogó un gemido.

El plato estaba repleto de arañas muertas.

Boquiabierto, observó cómo el hombre se llevaba a la boca los insectos y los devoraba con aire distraído, como si estuviese masticando patatas fritas o palomitas de maíz.

Vic trastabilló hacia atrás y se metió de nuevo en la habitación.

—¿Vic? —oyó que decía Jonathan.

Mareado, el chico se derrumbó sobre la cama y soltó un gemido de dolor.

—¡Jon! —chilló Vic, sosteniéndose el vientre. Sentía que una mano gigante le retorció las tripas. Un aguijonazo de dolor subió por su espalda, llegando

hasta su cerebro—. ¡JON!

El hombre entró en la habitación como un vendaval.

—¿Vic? ¿Estás bien? ¿Quieres vomitar?

Vic habría querido decirle que se estaba muriendo, pero no podía hablar. Le parecía que tenía el cerebro trepanado, que la sangre de sus venas hervía dentro de su carne y que la médula de sus huesos se había transformado en ácido. Gritó, sosteniéndose del cabecero de la cama. Sentía que el dormitorio daba vueltas a su alrededor y que si no se aferraba de algún sitio, su cuerpo caería y sería absorbido por un abismo sin fondo.

—¡Vic!

Jonathan hizo que se sentara y puso frente a él la palangana vacía.

—¡Vomita, Vic! ¡Vamos!

El chico se deslizó hacia adelante, lánguido y tembloroso. Su cabeza golpeó la palangana y cuando entreabrió los labios, un eructo le atravesó la garganta y salió de su boca. Se sostuvo el vientre. Jon tenía razón. Iba a vomitar.

Con los ojos entrecerrados, Vic se aferró de la palangana y hundió la cabeza allí adentro. Sintió que se ahogaba y que le ardía la nariz. ¡La palangana estaba llena de agua! Intentó sacar la cabeza, pero algo le impedía hacerlo. Jonathan. Jon le mantenía la cabeza en el agua con una mano, impidiéndole respirar.

Vic comenzó a patallar de desesperación. Jon le aferró la mano y se la apretó con fuerza, como si quisiera decirle algo. Vic abrió los ojos en medio del agua. Se quedó quieto y entrelazó sus dedos con los de Jon.

Supo que todo estaría bien.

—Vomita, ¡vamos! —apremió el hombre.

El joven obedeció. Inmóvil, dejó que su organismo se liberara de lo que fuera que lo estuviese atormentando. Un torrente de electricidad viajó por su pecho y se instaló en su garganta. Vic quería echarlo afuera, pero le daba la sensación de que era demasiado grande, de que si lo intentaba, su cuello se partiría en dos y moriría desangrado.

—No tengas miedo, Vic.

Abrió más la boca y tosió. Una bocanada de líquido espeso llegó hasta su glotis. Vic la escupió, pero cuando quiso sacar la cabeza del agua, Jon seguía impidiéndoselo. Volvió a toser. Algo sólido y pegajoso subía por su garganta, algo caliente y que sabía extrañamente agrídulce. Vic se convulsionó y su estómago dio una tremenda sacudida. Tragó agua por la nariz y entonces...

aquella cosa enorme que le obstruía la garganta se abrió paso por su interior, fue subiendo, acarició su úvula y salió de su boca con un rugido repugnante.

Tembloroso y extenuado, Vic sacó la cabeza del agua y se desplomó sobre la cama.

—Se darán cuenta de que estamos juntos —se lamentó Víctor, mientras abría el regalo de Jonathan.

—Es para celebrar que ya estás mejor —dijo el hombre, estirándose y apoyando la cabeza en la almohada—. ¿Acaso no puedo comprarte regalos?

Era ropa nueva. Como los chicos habían quemado toda la vieja ropa de Víctor, al chico tan sólo le quedaban unos vaqueros rotos y una camiseta de verano.

—Gracias —ronroneó Vic, acurrucándose junto al él.

Ya era de mañana. El sol se desparramaba sobre las ramas de los árboles y las sombras de las hojas bailaban por las sábanas de la cama, al compás del viento mañanero que soplaba. El aroma de las moras era intenso, al igual que el perfume de los jazmines salvajes que crecían en las inmediaciones de la cabaña. Vic se sentía en el paraíso.

—Quiero que nos vayamos de este pueblo —susurró Jon, acariciándole el cabello. Vic se giró y se apoyó sobre el costado izquierdo. Jonathan hablaba en serio. Sus ojos oscuros estaban llenos de determinación. En su voz no había dudas.

—¿Quieres ir a la ciudad? —preguntó Vic, no muy convencido. No le gustaba la ciudad. No le agradaba el ruido de los autos, el cielo nublado y entristecido, el ritmo vertiginoso de la vida que llevaban sus gentes. Además, en la ciudad sería más difícil encontrar insectos para comer.

—No. Simplemente podríamos buscar otro pueblo.

Y Jon le mostró a Vic las fotos de unos campos verdes, salpicados por manchas doradas o rojas, coronados por casas de madera y molinos de viento.

—Es un pueblo de México. No está muy lejos de aquí. Cuando cumplas los dieciocho, podremos irnos, ¿qué te parece?

Víctor no necesitó pensárselo mucho. Pero faltaba casi un año. ¿Soportaría los maltratos de los chicos del orfanato hasta ese entonces?

Los muchachos seguían culpándolo por la muerte de Daniel y por cada cosa que ocurría, ya fuese en el orfanato o en el pueblo. Así, Vic fue el culpable de que Lisa, ahora novia de Zach, desapareciera del lugar una semana entera (aunque Vic había escuchado que en realidad se había escapado hacia el

pueblo para practicarse un aborto), de que la bomba de agua se averiara, de que las donaciones de leche hubiesen disminuido, de que el marido de Susan quedara paralítico y, finalmente, de que Zach muriera en las mismas condiciones que Daniel.

Zach fue encontrado inconsciente en el río. Un pescador lo halló desmayado entre las rocas de una cascada, con las piernas colgando a cien metros del agua. El chico no estaba muerto, pero cuando el pescador lo giró para intentar reanimarlo, le vio el rostro cubierto de aquel terrible sarpullido.

Cuando lo ingresaron al hospital, ya todos sabían que Zach moriría.

Los malos tratos, que milagrosamente se habían mitigado durante los últimos dos meses, volvieron en toda su intensidad. A Lucas se le sumaron otros muchachos e incluso niños pequeños que apenas comprendían lo que sucedía. En sus mentes infantiles, creían que hacían algo bueno al castigar a Víctor.

Así fue como le prepararon la última trampa.

Víctor dormía. Soñaba que ya era mayor de edad, que estaba junto a Jon muy lejos del orfanato. Que vivían en una cabaña extrañamente parecida a la de Blue Lagoon y que juntos comían arañas y cucarachas condimentadas con pimienta. Vic no había mencionado nada acerca de los insectos, pero se sentía especial al saber que Jon compartía con él aquel gusto tan repulsivo.

—¡Hey, levántate!

Vic se despertó sobresaltado. Un niño pequeño estaba junto a su cama, descalzo y en pijama. Se llamaba Timmy y había llegado al orfanato hacía una semana.

—¿Qué quieres, mocoso? —exclamó Vic, molesto. Miró a su alrededor, alerta, pero no vio más que oscuridad y no oyó más que ronquidos y silencio.

—Un tipo te está buscando. Es alto y de pelo negro. Creo que es el mago. Está afuera.

Vic se levantó de la cama de un salto. Se calzó las pantuflas y salió del dormitorio corriendo. No se preguntó cómo Timmy se había enterado de que Jon quería verlo, ni cómo Jon le había pedido a Timmy que fuera a buscarlo. Sólo corrió por el largo pasillo hasta llegar a la puerta.

La noche estaba fresca y algo húmeda. En el campo sólo reinaba un silencio inquietante, casi anormal. No se oían los grillos ni el susurro del viento.

—¡Agárralo!

Antes de que pudiera preguntarse dónde estaba Jon, Víctor se encontró

echado en el suelo. Frente a él estaba Lucas, sosteniendo una lámpara de aceite. La intensa luz le golpeó a Vic directamente en el rostro. Intentó taparse los ojos, pero alguien lo tomó de los brazos y le impidió todo movimiento.

—¡Hazlo! —gritó un chico.

Vic distinguió cinco figuras que se movían en la oscuridad. La luz de la lámpara bailoteaba entre sus pestañas; estaba momentáneamente ciego.

—¡Déjame! ¡SUÉLTAME! ¿DÓNDE ESTÁ JON?

—¿Dónde está Jon? —se burló Lucas, con voz aguda—. ¿Te gusta chupársela a ese tipo, eh? ¿Te gusta?!

—¡SUÉLTAME!

Un chasquido se oyó por encima de los gritos de Vic, y el chico sintió que algo le quemaba las rodillas desnudas. Lo estaban azotando.

Un segundo azote le cayó sobre el rostro. Gimiendo y pataleando desesperado, Vic sintió el calor abrasador de la sangre que manaba de las heridas abiertas, al tiempo que un tercer azote se le clavaba en el medio del cráneo.

—¡JON! —vociferaba Vic, pidiendo socorro—. ¡JOOOON!

Los muchachos gritaban, alentando al torturador y éste, envalentonado por los gritos, redobló la velocidad de los azotes. Serpientes de fuego se descargaban sobre el cuerpo de Víctor sin cesar, mientras los otros chicos lo sostenían de los brazos y las piernas.

—¡Asesino! —gritaban.

—¡Mataste a Zach y a Daniel y ahora nosotros te mataremos a ti!

Vic se quedó quieto, sabiendo que iba morir. Le dolía cada célula del cuerpo, le dolía hasta respirar. Sólo quedarse quieto podría disminuir su sufrimiento y eso implicaba entregarse a los brazos de sus verdugos. A punto de perder la consciencia, Vic oyó el ruido que hizo la lámpara de aceite al quebrarse sobre el suelo. Luego, sintió que miles de vidrios ardientes se le enterraban en la carne, abriéndole el estómago.

Uno de los muchachos se le subió encima y bruscamente le abrió la boca con las manos.

—¡Que lo trague! ¡Que lo trague! —aullaban.

Alguien le pasó al muchacho el recipiente del aceite hirviendo. Sin detenerse a pensarlo, lo derramó sin compasión en la boca de Víctor.

Jonathan estaba escribiendo cuando sintió el escalofrío. Fue una sensación extraña, como si algo vivo se hubiese sacudido en su interior. Debía ser el cansancio. Cerró su cuaderno de notas y consultó el calendario que estaba sobre su mesa.

Ya habían pasado tres meses exactos. Ya era hora.

Jon estaba alegre, aunque aquel sentimiento de inquietud lo acompañó durante toda su labor.

Subió al ático que había construido. Allí vivían los insectos de los que se alimentaba y los que habían alimentado a Víctor durante toda su enfermedad. Era una pequeña habitación de sólo tres metros de largo, oscura y sin ventanas.

Jonathan abrió la puerta y entró. Las telarañas colgaban del techo como enormes hamacas de seda plateada; pegadas entre sus redes estaban los escarabajos y las cucarachas que habían caído en ella sin remedio. Jon se inclinó y tomó entre sus dedos un grillo muerto. Se lo llevó a la boca y lo saboreó distraído mientras recorría el sitio con la mirada.

¿Dónde lo había colocado?

Hacía tres meses que no entraba en el ático, había creído mejor no molestarlos.

Allí estaban. Las arañas habían envuelto toda la palangana con su telaraña, casi en un gesto protector hacia aquello que dormía en su interior. Con una sonrisa nerviosa, Jon se inclinó y tomó la palangana entre sus manos.

Luego abandonó la buhardilla y volvió al salón de la cabaña.

Con un trapo mojado limpió la palangana de toda la suciedad que se había acumulado en ella durante esos tres meses. Cuando ya no hubo quedado ningún rastro de telarañas o polvo, Jon se inclinó hacia la palangana y miró en su interior.

Allí estaban. Maravillado, contempló los diminutos huevecillos que se habían asentado en el fondo. Eran de un color blanco inmaculado, muy redondas y brillantes. Emocionado, Jonathan pensó que parecían las perlas del collar de una aristócrata.

Situó la palangana en el centro de la mesa y tomó las pinzas. Con mucho

cuidado, fue colocando en un tubo de ensayo esterilizado cada uno de los pequeñísimos huevos.

Eran veintisiete, veintiocho, veintinueve...

El número treinta se rompió entre las patas de la pinza. Con los ojos húmedos, Jon contempló el espeso líquido perlado que se escurría por sus dedos.

Eran veintinueve.

Luego de inyectarles los nutrientes necesarios que requerirían para sobrevivir durante los meses siguientes, colocó los veintinueve huevos en pequeños frascos individuales y los guardó en su mochila.

Salió de la cabaña, se subió al auto y condujo sin rumbo por carreteras y caminos que estaba seguro de que jamás recordaría.

Se detuvo por primera vez junto a un hospital. Allí dejó el primer frasco, en el escalón que llevaba hacia la gran puerta de vidrio.

Siguió conduciendo. El segundo frasco se quedó en una iglesia.

El tercero, en una estación de tren.

El cuarto, en el portal de una enorme mansión victoriana.

El quinto, en el columpio de un parque.

El sexto, en la entrada de una universidad de Medicina.

El séptimo, en las puertas de un orfanato.

Cuando Jonathan estaba dejando el último frasco en un vertedero de basura, sonó su móvil.

Era un mensaje de texto y decía:

TU HEMBRA HA MUERTO.

El destinatario era tan sólo un nombre: SUSAN.

EPÍLOGO

NOTAS DE JONATHAN MALVERT

3MM7XY.

El experimento ha salido bien, pero no logro conciliar el sueño. Me han dicho que pronto podré ir a buscar a mi hembra. Me pregunto cómo será. Quiero verla. La necesito. Siento que me ocultan algo. La semana que viene iré a buscarla, cuando haya terminado de preparar las bacterias.

(...)

562D7K.

Hoy encontré a mi hembra. Se llama Víctor y vive en un orfanato. Al principio no pude detectarlo, porque me concentré en las niñas. Por suerte, él sí me reconoció. Tiene el cabello rizado, castaño, y los ojos verdes. Es dulce. Él no lo comprende, pero se siente atraído por mí. Eso es bueno. Todavía no se ha desarrollado por completo.

(...)

FR880K.

“Las hembras sienten atracción física por su macho aun antes de haberse desarrollado.”

Es verdad. No he intentado averiguar hasta qué punto puede llegar ese deseo.

(...)

FR22XK.

Buenas noticias: el aroma de mi hembra es cada vez más fuerte.

(...)

Sin fecha.

Ayer llevé a Vic a los lagos que están del otro lado de las montañas. Está por terminar de desarrollarse. A veces lo noto triste. Comimos carne. No le gustan las verduras.

(...)

TG58KK.

“El macho es sumamente protector con su hembra.”

Es cierto.

Vic me contó que lo golpean. Me gustaría poder matar a esos chicos, pero tendría que pedir permiso a mis superiores y no deseo viajar y dejar solo a Vic. Le dije que intente defenderse: “grita, golpéalos, muérdelos”.

Sin fecha.

Me negaron la autorización para matarlos. Dijeron que si Víctor no se defiende, tal vez no sea una hembra apropiada para mí. Tengo miedo.

(...)

GTY78X.

Un chico del orfanato murió en condiciones inexplicables. Ayer en la mañana lo sepultaron. Por la noche lo desenterré y extraje una muestra de sangre. Acabo de analizarla. Está terriblemente infectada. El veneno de mi hembra es potente. Me siento orgulloso y feliz.

ED77KY.

“Durante sus primeras experiencias sexuales, la hembra padece fiebre y espasmos. El macho debe encargarse de bajar su temperatura corporal lamiendo todo su cuerpo, especialmente las zonas del pecho, el cuello y los genitales.”

Esto es cierto.

“La hembra succiona el semen del pene del macho y lo traga. El semen es de color celeste y si el macho posee buena salud y está bien alimentado, su sabor es entre ácido y dulce.”

Es correcto.

(...)

ED887K.

Vic me pidió que lo penetrara. Lo hice, pero sé que no lo disfrutó. Creo que eso le preocupa. Me habría gustado contarle lo que somos en realidad, pero todavía no es el momento. Yo lo disfruté un poco.

Sin fecha.

Mi hembra ha salido de su etapa de celo. Por fin.

ED77RK.

Estoy trabajando en una bacteria muy interesante. Espero poder tener los resultados antes de que Víctor comience sus vacaciones escolares. Quiero llevarlo a algún lugar bonito.

(...)

Sin fecha.

Ya ha comenzado. Víctor tiene todos los síntomas. Ahora está en mi dormitorio, durmiendo. Pronto seré padre. Estoy nervioso.

44TG8K.

Sucedió muy rápidamente, no tuve tiempo de grabarlo. Me puse muy nervioso, pero todo salió de maravilla. Mi hembra ya se siente bien y los cigotos están reposando en el ático. Estoy feliz.

55TG9D.

“El macho es muy cariñoso con su hembra cuando sabe que ella ha sido fecundada.”

Yo siempre he sido cariñoso con Víctor. Asistí su nacimiento, me pertenece desde que nació. Mi hermana falleció dando a luz, pero eso ocurrió porque ya era demasiado mayor. Tenía trescientos quince años.

(...)

78TP8K.

Los huevos ya se han desarrollado. Esta noche iré a repartirlos por las ciudades más cercanas. Espero encontrarme con algunos de mis compañeros. Tengo ganas de festejar. Me gustaría que Vic pudiese ver a nuestros hijos.

(...)

78TS9K.

Han matado a mi hembra. Vic ha muerto.

(...)

78S08K

Acabo de volver de la asamblea. Susan ha testificado, pero no me han otorgado el permiso.

78TU9K.

Mi veneno no es tan potente como el de mi hembra, pero fue suficiente. Diez gotas bastaron. Las derramé en el pozo del agua. No ha sobrevivido nadie.

69TU8O.

“Son vengativos. El homicidio es pagado con la muerte. Si una hembra es asesinada, su macho no descansa hasta obtener venganza.”

El orfanato ya es historia. Así acabarán los que nos hagan daño. Muertos.

70OPKJ.

“Son monógamos. Si su hembra muere, el macho se recluye en soledad hasta el fin de sus días. Sólo consiente en donar su semen si éste es extraído mediante métodos artificiales. Algunos no soportan la pérdida y mueren. Para algunos, morir por causa del veneno de su hembra fallecida resulta un honor”.

Es correcto.

Ya he cumplido mi misión en este planeta. No soy imprescindible.

Habrá muchos después de mí.

Mis hijos, sus hijos, y los hijos de sus hijos.